

GUERRILLERA

**(o Memorias de una
guerrillera)**

Joaquín DHoldan

Personajes- Una guerrillera

Vestuario (sugerido)- Vestido blanco y turbante saharai

Escena 1 Fusilamiento

(Ella camina desde el fondo con los ojos vendados y las manos atadas por detrás- ideal usar la misma tela verde militar para todo- turbante saharai)

(Se queda al borde del escenario, con desconcierto y temblando)

(Ella misma grita)

Ella- Atención pelotón...preparen...apunten... ¡Viva la República!

No tengo miedo a morir solo quiero que se termine el dolor

(Lo grita y espera el impacto pero se quita la venda y comienza a hablarle al público que es a la vez el pelotón de fusilamiento)

Ella- Antes quiero que sepáis mi historia. Quiero que sepáis todo lo que me ha sido arrebatado y por quienes. Ustedes y sus hijos deben saber por qué lucho...

Escena 2 La verdad

(Se pone el turbante como si fuera una capa)

A veces caminaba de madrugada por el monte. Venía de llevarles comida y noticias a mis compañeros y en soledad me daba cuenta que estaba cuidando y defendiendo algo mío, que me había sido arrebatado. Que actuaba como una delincuente, como una ladrona furtiva cuando yo era la víctima y cuando mi único pecado era no actuar como tal sino luchar por que me devuelvan lo mío. Mi país había elegido una República, mi gobierno había votado unas leyes hacia las mujeres, mi madre había elegido a mi padre y mi padre a

sus ideas y todas esas elecciones habían sido robadas a la fuerza y ahora intentaban aplastarlas con el miedo.

El miedo.

Somos los hijos del miedo, nos aplastan las sombras del bosque.

Cada arbusto puede ser un soldado asesino.

Asesinos.

Soy una sombra que la convicción de la verdad hace combatir el miedo que intentaron meterme bajo la piel. Que intentaron pegarme en el cuerpo a base de dolor.

Cuando era una niña me obligaron a cuidar una pareja de ancianos. Tenía diez años y esa eran las tareas que la guardia civil quería para las mujeres, no para las suyas por supuesto, las suyas iban a la misa rezar por la salvación, a rogar por el perdón y a valorar los sacrificios de sus imágenes sagradas, y a nosotras, a las malditas hijas de rojos, a las que el diablo había elegido para no ser personas, les tenían preparadas por caridad y como forma de humillación, todo tipo de tareas domésticas y serviles, ellos habían robado el poder y ahora nosotros se lo manteníamos limpio. Y yo entré a aquella casa oscura y vieja con mis diez años.

El anciano estaba al lado de la cama de su esposa, que no se movía. Pálida y fría. Me pedía que metiera las manos por debajo de a manta para tocarla y ver si tenía los pies fríos. Yo muerta de miedo y vergüenza metía las manos bajo la manta pero no la tocaba. Nunca había visto a alguien muerto pero cuando supe que la señora había fallecido fui a avisarle al Guardia civil y él me dijo que le daba igual, que yo cumpliera el horario asignado, que le daba igual, todo le daba igual. Y así me quedé yo, por primera vez viendo a la muerte cara a cara. Una niña sola y asustada que ahora cruza el monte sabiendo la verdad de primera mano. A ellos les damos igual, todos les damos igual.

Escena 3 La familia

Siempre amé a mi familia. En casa de mis padres en mitad del campo no tenía amigos, salvo mis hermanos. Ellos lo eran todo.

(Toma la tela por una punta y la levanta frente a ella)

Mi hermano entró en el ejército. Habíamos votado democráticamente un gobierno republicano. Mi hermano era joven y quería defender a su patria y vaya si tuvo que defenderla. Estaba en su cuartel cuando comenzaron a atacar la democracia, el gobierno elegido, la república, nuestra patria, él y otros soldados no quisieron formar parte de los movimientos fascistas dentro del ejército y eso le costó la vida.

(Suelta la tela y la ve caer)

(La toma con el otro brazo y la eleva en otra dirección)

Otro hermano fue a luchar de voluntario al frente. Cuando terminó la guerra y su ejército ya había sido derrotado se escapó al monte, pero un compañero lo traicionó, lo atraparon y fue ejecutado sin piedad.

(Suelta la tela y la ve caer)

(La toma con el otro brazo y la eleva en otra dirección)

Mi padre fue detenido muchas veces, todos sabían su participación en el sindicato. Pero el caudillo del pueblo denunció a mi padre por “rojo”, por ser familiar de soldados republicanos, por ser el padre de dos muertos de la guerra,

olvidando las veces que mi padre había regalado leña para su horno de pan, y las veces que su hijo mayor venía a cenar y dormir a mi casa. Mi padre fue encerrado y torturado.

(Se cambia la tela de mano)

Mi madre fue obligada a presenciar todo. Le dolía su marido y la traición de la familia con la que había sido tan hospitalaria. Sufría por el odio de aquel hombre, la indiferencia de aquella mujer, la maldad de aquel muchacho que cenaba y dormía en mi casa antes que el fascismo o nombrara alguacil y que ahora los miraba con desprecio. Mi padre estuvo preso cinco años.

Mi madre no pudo superar tanto dolor.

(Suelta la tela y la abraza en el suelo)

Cuando mi padre salió de prisión, supo que seguía siendo un prisionero. Dos de sus hijos habían muerto, su compañera ya no estaba. Muchas noches lo escuchaba llorar y yo me sentaba al borde de la cama y le acariciaba la cabeza como si fuera un niño pequeño teniendo una pesadilla, soñando con monstruos imaginarios. Al despertar, ese hombre bueno y sencillo, recuperaba su semblante serio y digno. Buscaba trabajo en

silencio, había perdido todo y trataba de darme de comer.

Vivíamos gracias a la caridad de algún vecino relacionado con el poder que por lástima nos daba migajas del pan que nos había sido robado.

Mi hermano pequeño seguía en monte. Resistiendo

Escena 4 El monte

(Se pone el turbante como un pañuelo)

Había una vez una mujer joven que tuvo que entrar en el bosque para llevarle comida a su hermanito. Su padre estaba triste y enfermo cuando la llamó y le dio la cestita con algunos alimentos: “no hables con extraños, cuidado con los lobos”.

La joven entró en el bosque. El monte se hacía cada vez más cuesta arriba. Una espesa niebla impedía ver por dónde se pisaba. Las copas de los árboles comenzaron a cerrarse sobre su cabeza hasta oscurecer todo, una noche en pleno día. El laberinto de troncos se hacía cada vez más intrincado. Miró hacia atrás pensando que se haría imposible volver. De repente escuchó un ruido. Era un lobo feroz que merodeaba buscando presas. Se quedó tan quieta que tuvo miedo de transformarse en árbol. Si tenía que defenderse sólo tenía una barra de pan negro, debía escapar. Trató de no respirar. Se escuchaba el rechinar de los dientes del lobo, lleno de odio, lleno de hambre. Cuando creyó que se alejaba caminó de espaldas, se giró, caminó de prisa y terminó corriendo desesperada. Hasta que vio una cueva, pequeña, en la que apenas cabía agachada. Se metió dentro y se quedó allí, hasta que la noche de la sombra de los árboles se hizo más y más oscura.

Había una vez una mujer dispuesta a todo por ayudar a su hermano. Fue a ofrecerse de voluntaria al ejército clandestino que resistía la represión de los traidores, escondidos en el monte, entre los árboles. Debía llevarles comida y noticias del pueblo. Tenía mucho miedo, pero no quiso compartir su misión ni con su mejor amiga. Salió sola al monte de madrugada, entrando en la espesura. La niebla quitaba la visión, hasta que de repente la alarmó un ruido. Escapó de allí alarmada, creyó que iban a atraparla. Encontró una cueva y aunque temió encontrar en su interior un lobo o un oso, decidió esconderse en ella. Estaba allí acurrucada cuando algo se movió a sus espaldas, era su amiga, su mejor amiga, que tampoco había querido contarle que ella también ayudaba a sus guerreros a recuperar lo perdido.

Mi nombre es Celia y soy guerrillera. Mi nombre es Esperanza o Remedios. Mi nombre es Lucia. Tengo muchos nombres. Soy muchas mujeres. Pero soy una sola. Combatimos de mil formas. Sabemos resistir. Nuestras armas pueden ser de fuego pero la

munición es la voluntad. Soy experta en proteger: puedo llevar alimento a mis soldados en el monte, escondida en la ignorancia de quienes desconocen mi verdadera fuerza. También llevo información, escondida en mi inocencia. También llevo mi verdad, escondida en mis entrañas. Soy capaz de exponer mi cuerpo para darle de comer a los míos. Salgo desarmada, solo voy con mi valor y mi convicción. Tengo miedo pero no me importa. Tengo miedo pero entro igual al monte, sola y desarmada. Estará lleno de enemigos. Ellos pretenden que seamos sus esclavas. Nos ven como madres protectoras, esposas serviciales, hijas sumisas, no saben que también somos guerrilleras llenas de verdad. Esta era mi patria, mi tierra, mi pueblo, mi familia. Era mía, nuestra y me la han arrebatado a la fuerza y a la fuerza la voy a recuperar. Es justo. Se que si me atrapan también arrebatar mi libertad, mi cuerpo, pero nunca podrán apresar mi mente. Ellos quieren decidir sobre mi vida, mi educación, mi religión, mi familia, mis hijos, pero siempre seré yo quien decida, siempre. Por eso voy al bosque lleno de lobos, lleno de enemigos, para luchar por lo mío

con uñas y dientes. No soy la primera, y por supuesto que no seré la única.

Escena 5 El exilio

(Escondiéndose)

Al principio es muy difícil vivir siendo una sombra. Es un proceso lento la desaparición a la que fuimos sometidas.

Empezaron por dar vuelta la cara ante nuestra presencia. Miraban hacia otro lado al vernos pasar. Nos esquivaban, cambiaban de acera, éramos portadoras de la peste de querer ser libres. Si

tratábamos de mirar recibíamos desprecio, insultos, amenazas y en el mejor de los casos ser ignoradas. Tanto era así que terminamos por desearlo: cuando salía a buscar algo al pueblo deseaba ser invisible, luego, ya harta de escuchar susurros, rumores y risas burlonas cargadas de ignorancia, también deseaba ser sorda. Y así, muda, ciega y sorda comencé a desaparecer, hasta convertirme en una sombra. A veces llegaba a mi casa y lloraba, pero me preocupaba tanto la salud de mi padre que también lloraba en silencio, también el dolor que me producía la ignorancia de mis vecinos lo escondía, como me escondía yo cada vez que me escapaba al monte a ayudar a mi hermano y a mis compañeros. Un día desaparecí dentro del monte y ya no pude volver. Nos encontramos allí con mi amiga y fuimos llevadas al campamento principal.

Los compañeros nos dijeron que habíamos sido encontradas, traicionadas por el miedo, quienes hacían que no éramos nadie no resistían nuestra sombra, no les bastaba con el dolor de nuestras pérdidas, no era todo lo suficiente cruel. Le habían arrebatado a

nuestro pueblo el derecho a elegir pero ahora querían nuestro derecho a existir.

Los compañeros nos iban a llevar a escondidas hasta la frontera, nos harían cruzar la montaña, nos llevarían a otro país. Un sitio más seguro. Otro sitio, no el nuestro, el nuestro había sido robado.

Una noche, cruzando a pie las montañas, acampamos cerca de un acantilado. Cuando mis compañeros dormían caminé hasta el borde del abismo. Me sentí muy pequeña, pero también me sentí.

Me estremeció el frío y tuve por primera vez en mucho tiempo, miedo de algo que no era un hombre, miré hacia el abismo de piedras y sentí el vértigo y el poder de la naturaleza, no había ningún soldado, ningún compatriota que me odiara por no pensar como él, era yo, y el mundo, el mundo y yo que poco a poco me hacía visible, y grande, se me podía ver cada vez mejor, la niebla se despejaba cuanto más fijo la miraba, podía desafiarla sólo con la respiración, y cada vez se veía mejor, más lejos, había más luz y se me veía claramente, no era una sombra, no estaba escondida, sentía el viento en mi cuerpo, dejé caer mi abrigo, mi ropa se movía con el viento, mi pelo se sacudía libre... libre. Lo dije y

escuché mi voz, era mi voz sin susurros, sin secretos, me podía escuchar, cada vez más fuerte, cada vez más potente, podía gritar mi existencia, mi verdad, mis derechos, mi rabia. ¡Podía gritar! ¡Escuchadme hombres, escuchad mi voz, que tanto odian que tantas veces han querido callar, que tantas veces han confinado a la servil tarea de solo hablar para decir halagos hacia ustedes y sus hazañas, esta voz que hoy les grita basta no quiere hablar de cotilleos y de pequeñeces de las vidas ajenas, quiere gritar las decisiones de su propia vida. Mi boca quiere gritar cuando tenga que gritar y no solo rezar las súplicas de perdón o pedir permiso de forma continua como una esclava, mi cabeza ya no quiere sentirse culpable por que ustedes me apuntan como la culpable de las desgracias humanas, mi cuerpo ya no será un envase. Acabo de recuperar la sensibilidad de todo mi ser, ya no me tienen que decir cuando gozar o cuando sufrir, yo elegiré cuando dar vida, cuando dar placer. Yo decidiré cuando callar y cuando gritar!

Algo cambió para siempre luego de ese día.

Caminé de forma anónima por ese país desconocido pero escuchaba mi propia voz retumbando en la montaña. El eco de mis gritos me despertaba cada mañana rodeada de olores extraños, de paisajes que no me eran familiares.

Estaba segura y a salvo pero miraba a mi amiga y veía en sus ojos la ausencia de un exilio cruel, prisioneras de nuestros recuerdos, la cárcel del olvido, las esquinas rotas por la memoria robada. La rabia se transformó en rebeldía.

Preferíamos morir luchando por lo nuestro. Teníamos que intentar recuperar nuestra vida, lo que nos habían robado, nuestros gritos tendrían sentido en nuestra patria. Los gritos en un lugar ajeno eran muy parecidos al silencio. No lo podíamos permitir.

Decidimos volver.

Escena 6 La cárcel

(El turbante como esposas, capucha, elemento de tortura)

Fuimos apresadas en cuanto cruzamos la frontera, no llegamos a nuestro pueblo, primero atraparon a mi amiga, yo traté de esconderme en una iglesia cercana. Un día tardó el cura en entregarme. La noche anterior discutimos, él me reprochaba mi falta de fe, decía que todo lo que había pasado a mi familia era un justo castigo por nuestra negativa a abrazar la religión. Yo le dije que mi madre era una fiel creyente, iba a misa, comulgaba y rezaba por nosotros aunque antes de morir el cura de nuestro

pueblo le negó la extremaunción por ser madre de un republicano. Por un momento creí que ese hombre religioso y tan cercano a la idea de un Dios misericordioso podría entender nuestra causa, le dije sin levantar la voz, como confesándole un pecado que lo que yo defendía eran los principios de su religión. La igualdad entre hermanos, la justicia, bienaventurados los pobres porque de ellos será el reino de los cielos, tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, es más difícil que un camello pase por el ojo de una aguja a que un rico entre el reino de los cielos, si tu enemigo te golpea ofrécele la otra mejilla, no matarás, pedid y se os dará, si callo hasta las piedras gritarán, perdónalos padre porque no saben lo que hacen...

La guardia civil me apresó mientras dormía en el suelo de la sacristía. El cura me ofreció su bendición pero yo lo miré con lástima. Pensé que si existe el Dios del que él habla estaba condenado al infierno: "Rece porque Dios no exista", le dije y recibí el primero de muchos golpes en la cabeza y todo se puso oscuro.

Me despertó una voz suave que cantaba un himno liberador, parecía una canción de cuna pero era una letra llena de lucha y esperanza. Por un instante me sentí como en mi casa, como en mi cama, mi hogar, mi familia, pero cuando abrí los ojos supe que estaba tirada en una celda, una mujer desconocida me cantaba al oído y me acariciaba el pelo. Supe que estaba en prisión. Me habían torturado. Sentía el dolor en todo el cuerpo. Tenía marcas de su violencia en toda la piel.

Me llevaron de una prisión a otra. No tenía nombre, era un número que se había perdido. Me hacían trabajar en una lavandería o planchando, y luego iba a misa, nos obligaban a arrodillarnos y a rezar, o a simular que rezábamos. Algunas veces yo estaba de rodillas y cerraba los ojos y descansaba de este mundo y sus horrores, soñaba, incluso, que un ángel exterminador bajara con una espada de fuego y les cortara la cabeza o los sometiera a las mismas torturas que a mí. Que les atara las manos a la espalda y le metieran la cabeza en un balde con agua y les obligara a decir en dónde estaban escondidos toda la gente que

amaba, querían destruir a todos los que podían ayudarme, a todos los que me querían, querían destruir todo lo que amaba y para eso mostraban desprecio por mi cuerpo, por mi mente, por mi vida y yo les respondía con silencio.

Cuando el dolor me permitía volver a ser consciente de donde estaba, soñaba con escapar, con ayudar a alguna compañera recién llegada, cuidaba a una señora mayor que estaba allí por proteger a su hijo. Era una mujer increíble, a mí me confesó que su hijo había muerto, ella misma lo había enterrado pero les decía, en plena tortura, que estaba escondido en el monte, que iba armado, que cambiaría el mundo, que la vengaría, que jamás lo atraparían, que ella sabía dónde se escondía pero jamás se los diría. Murió durante un interrogatorio, murió gritando amenazas que enloquecieron a sus carceleros.

Nos obligaban a ir a misa, a comulgar, nos bautizaban sin nuestro permiso. Un día supe que mi amiga iba camino a recibir su bautismo cuando en un descuido de sus carceleros saltó de lo alto

del campanario. Prefirió la muerte a ser obligada a abrazar una fe que permitía lo que allí estaba pasando. Saltó y durante esos segundos de libertad la imagino fuerte y luminosa, un verdadero ángel, una real demostración de fe, de convicción, un sacrificio puro, una mártir de sus creencias, una persona inocente, una santa que hizo el milagro de devolverme las ganas de vivir solo para salir de allí y contarle al mundo lo que estaba pasando dentro de esos muros.

Escena 7 El fusilamiento

(Se repite escena 1)

(Ella camina desde el fondo con los ojos vendados y las manos atadas por detrás- ideal usar la misma tela verde militar para todo- turbante saharai)

(Se queda al borde del escenario, con desconcierto y temblando)

(Ella misma grita)

Ella- Atención pelotón...preparen...apunten... ¡Viva la República!

No tengo miedo a morir solo quiero que se termine el dolor

(Lo grita y espera el impacto pero se quita la venda y comienza a hablarle al público que es a la vez el pelotón de fusilamiento)

Ahora que saben mi historia, algunos no podrán olvidarla, otros no querrán olvidarla, esa esperanza me dio fuerzas hasta este momento. El dolor es tan fuerte que pasó por encima mis ganas de vivir, las torturas y el encierro sólo dejaron que sobreviviera en mí el deseo de encontrar una persona a la cual contarle mi historia, el deseo de encender una alarma entre mi gente, si logro contarles lo que me pasó sé que en algún momento tratarán de saber la verdad. Podrán ocultar mi cuerpo durante 40 o 50 años, pero aunque no quieran escucharla mi memoria podrán volver.

Escena 8 El exilio interior

(Es mayor, camina haciendo tareas domésticas, barre con una escoba el escenario y se sienta. Es una abuelita reflexionando)

Aquella noche en que simularon un fusilamiento como método de tortura no me dispararon pero estalló en mi mente una idea clave para sobrevivir a partir de ese momento: Contar mi historia.

Mantener viva la memoria. A veces creo que la memoria me falla.

¿Ya les he contado cuando entraba al monte a escondidas para llevar comida a mi hermano? A veces creo que mi historia ya no la recuerda nadie. Cuando me cruzo con quienes mataron a mi

familia, o cuando veo la vida que llevan los hijos de los que robaron lo que pertenecía a otros, cuando la gente del pueblo miró para otro lado, primero para sobrevivir, luego por miedo, más tarde con resignación, pero ahora por comodidad. Cuando salí de prisión, me soltaron en las afueras mi propio pueblo. Estaba convencida que me iban a disparar por la espalda como ya lo habían hecho antes con otros compañeros. Pero veía mi pueblo a lo lejos y me pareció una visión tan mágica, había creído que nunca más el sol me iba a dar en la cara de esa forma, el camino se hizo lento pero cada paso era una promesa de vida. Volvería al monte a buscar a los demás, les contaría que había sobrevivido y podríamos volver a organizarnos, creía saber sus puntos débiles, no se podían salir con la suya, seguro que en cuanto contáramos las cosas que nos habían hecho en esas cárceles nuestros vecinos reaccionarían indignados.

Mi casa estaba cerrada. Parecía abandonada. Intenté entrar, llamé a mi padre. No había nadie y temí lo peor. Fui corriendo hasta la casa de una vecina. Sentí que mi presencia la importunaba y que me miraba con una mezcla de miedo y lástima, y decía no saber

nada...la miré con odio, quizás fue la última vez que miré a alguien así...Logré dar con una prima lejana y querida que me contó todo. Entendí entonces que me había liberado por esa causa, porque mi prisión era más grande de lo que yo veía. Meses antes habían atrapado a mi hermano, que había logrado resistir en el monte dando pequeños asaltos a los pueblos y haciendo pequeñas acciones reivindicando nuestra lucha. Lo atraparon y antes de matarlo lo torturaron y lleno de heridas los ataron a la columna central en la plaza del pueblo, estuvo allí colgado acusado de ladrón, lo señalaron como un bandolero, un delincuente sin causa que usaron como ejemplo para meter miedo y dejar sin honor alguno a toda mi familia. Fue demasiado para mi padre que murió en cuanto vio aquello. Salí de una prisión y me esperaba otra llena de soledad. Años después volvió un compañero que había conocido en el exilio, nos enamoramos, nos casamos, tuvimos hijos. Siguieron pasando los años, vinieron los nietos. Todos son luchadores de causas sociales y saben mi historia y la de mis hermanos y mi padre y viven día a día en este lugar, en este

pueblo. ¿Ya les he contado cuando volví del exilio para seguir luchando?

Dicen que recuperamos lo perdido, que logramos restablecer y recuperar lo que nos fue arrebatado. Pero yo sé que perdimos la guerra y que su crueldad siguió y siguió y aplastó a una generación y luego silenció a la siguiente y también veo que quieren que nos olviden, quieren que crean que nada fue así, y que ya todo está en paz. El fascismo nos arrebató la República, ¿Dónde está ahora la república? El fascismo me arrebató a mi familia. ¿Dónde está mi familia?

Jamás pude recuperar el cuerpo de mi hermano. Salí de prisión y aunque me amenazaban con apresarme de nuevo y solo quería su cuerpo, enterrarlo. Me llegaron a decir que se había escapado, que se había muerto de una enfermedad contagiosa y había sido incinerado, me mentían y me daban papeles y apostaron a que olvidara y yo no voy a olvidar. Nunca supe dónde estaba enterrado mi hermano, que hicieron con sus restos. Era el más pequeño, casi un niño.

Mi padre era un hombre bueno. Solidario e incapaz de hacer daño a nadie.

Yo sé que mi memoria no es la misma que antes. Que me olvido de los detalles y los nombres. A veces confundo los nombres de mis propios nietos o salgo a hacer un mandado y no recuerdo que había salido a hacer.

Me siento exiliada. Nunca pude volver a mi casa, mi pueblo desapareció como mi familia. Mi patria, mi hermano, la república, la sociedad que conocí de niña. Ya no estaba. Vivo desde entonces en el exilio. Un exilio interior. Un exilio abierto y sangrante como una herida que no cierra. Que ellos no permiten que cierre cada vez que los veo en la televisión hablando y prometiendo un mundo mejor.

Ellos siguen ahí y hay que resistir para poder combatirlos.

Ahora ya lo saben.

Ahora lo pueden recordar por mí.

Ahora ustedes son mi memoria.

Fin